

UN RATO DE CHARLA

RECIENTEMENTE ha ocurrido en París un hecho que ha causado profunda impresión en el ánimo de los hombres pensadores.

Parece ser que en uno de los liceos ó colegios de segunda enseñanza de aquella civilizada metrópoli, un niño ha herido á otro, bastante malamente; pero no es esto lo peor, sino que, después de cometida la hazaña, examinóse con toda tranquilidad, y aun se dice que obtuvo muy buena nota.

Hasta aquí el hecho no dice nada, pero vamos á ver qué causas precedieron á la referida violencia.

El agresor es un niño de carácter dócil, apocado, de poca salud y escasa robustez. Ya fuese por esto, ya por otro motivo, ello es que algunos de sus condiscípulos lo habían tomado por blanco de sus burlas insostenibles y de sus atropellos brutales, haciendo de su pobre compañero el *sú-frelo todo* de la clase.

Lo que en España llamábamos antes *vejámenes* y ahora *novatadas*, y en Francia llaman *brimades*, restos vergonzosos de los peores tiempos de la edad media, eran el pan de cada día tratándose del estudiantito que decimos.

La cosa llegó á tal extremo que, desesperado el niño, loco, fuera de sí, armóse, yo no sé con qué, esperó al capataz de sus verdugos y... ya he dicho lo que ocurrió.

Este hecho se presta á varias consideraciones. En primer lugar es un nuevo síntoma del carácter de violencia que van tomando las costumbres, como si el progreso material no contribuyese en lo más mínimo al progreso de la ley moral, enteramente comprendida dentro del cristianismo.

En segundo lugar revela la obstinación con que se perpetúan los malos hábitos. (Un conocido de mi familia está encerrado en un manicomio de resultas de una novatada.)

En tercer lugar es un argumento más en favor de la propagación de la gimnástica, pues es de suponer que si el niño hubiese tenido mejores puños no hubiera acudido al medio execrable de que se valió. De seguro que no ocurrirá nunca un hecho así en Inglaterra, donde la *boxe*, esto es, las peleas á *trompis*, constituyen una de las reglas de educación más estimadas de los pedagogos.



Los caballos de un niño